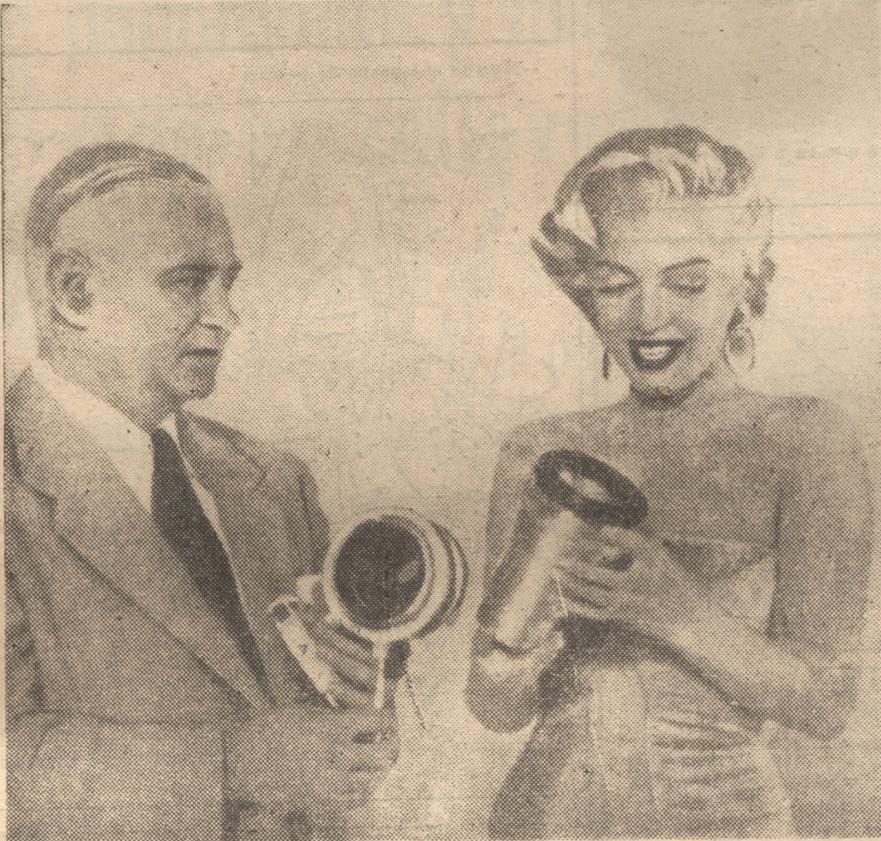


El último suceso "atómico" americano

El genio y la belleza, tiernamente unidos, por el camino de la vida



Marilyn Monroe va a ser la protagonista de una aventura real—la más bella aventura de la vida de una mujer—después de haber sido protagonista de ficciones divertidísimas en las que jugó a mujer entre frívola y fatal. Marilyn ha dado un mentís a cuantos creían que ella no sería capaz de llevar a la vida un argumento de novela rosa.

EL acceso a cualquier puesto es cada vez más difícil y la competencia mayor. Por eso no es de extrañar que en las pruebas de aptitud los tribunales recurran a preguntas sorprendentes o que puedan hacer dudar a los examinados de las intenciones de los examinadores. Hace algunos meses, los aspirantes a unas plazas de agentes de Policía de Accra (Africa occidental inglesa) tuvieron que responder a la siguiente original pregunta en el examen, y la llamamos original porque, aunque estamos seguros de que ninguno de ustedes vacilaría al contestarla, a los esforzados aspirantes al mantenimiento del orden africano les produjo verdaderos quebraderos de cabeza. La pregunta era la siguiente: "¿Quién es Marilyn Monroe?" Entre paréntesis, les diremos que se trataba de un examen de cultura general.

Algunas de las respuestas a esta original pregunta fueron verdaderamente extrañas. Hubo quien contestó que Marilyn era un "zulu", otro dijo que un "comisario de Policía", un tercero la identificó con un boxeador y no faltó quien la elevó a las alturas de la política, diciendo que se trataba de un Presidente de los Estados Unidos o el primer ministro de China. Ninguno de los candidatos dio la respuesta correcta, a pesar de ser Marilyn una de las estrellas

"atómicas" que Hollywood ha lanzado para anonadar al mundo. Si a los futuros policías de Accra se les preguntase ahora quién es Arthur Miller, tampoco se obtendrían respuestas exactas. La popularidad, indudablemente, no tiene el poder de penetración que los agentes de publicidad la atribuyen.

UN HOMBRE POLIFACETICO

Arthur Miller, el hombre que ha visto reforzada su popularidad de intelectual con su reciente matrimonio con Marilyn—que lee a Dostoiéwsky—, nació en Manhattan, el popular barrio de Nueva York, el año 1915. Cuenta, pues, en la actualidad, cuarenta y un años. Miller es un hombre alto, delgado, con los cabellos negros moteados de gris. Usa gafas y físicamente se parece a Abraham Lincoln, joven y sin barba. Autor dramático y novelista de gran reputación, posee una voz bien timbrada y podría ganarse la vida como barítono. Es un gran conversador, juega muy bien al tenis, domina el oficio de carpintero, el de albañil y hasta el de plomero. Es también un mecánico hábil, capaz de desmontar el motor de un automóvil. El se define a sí mismo como un "camaleón" que reúne todos los rasgos de las numerosas razas concentradas en Nueva York.

Este intelectual desmadrado,

distraído y ameno pertenece a la "serie" de los Frank Sinatra, Gregory Peck, Danny Kaye y James Stewart; ninguna mujer se le resiste.

Su padre, Isidoro Miller, dirigía en Nueva York un negocio de confecciones para señoras y se arruinó en la terrible depresión económica de 1929. Arthur Miller ha contado que tuvo la revelación de esta verdadera catástrofe financiera a los catorce años de edad, viendo a una verdadera multitud aterrORIZADA formando largas "colas" a las puertas de los Bancos. El tenía una cuenta corriente con 12 dólares, pero días antes de la crisis los había sacado para comprarse una bicicleta.

INFANCIA DE BARRIO BAJO

La infancia de Arthur Miller transcurrió en el "East End" (barrio del Este), de Nueva York; Brooklyn fué el primer escenario de sus correrías. La depresión económica señaló sus primeros pasos por la vida y jamás ha podido olvidar el espectáculo de la miseria. Sus padres se arruinaron totalmente y, antes de ir a la escuela, tenía que repartir pan para ganarse unos centavos.

Ya adulto, trabajó en las oficinas de una fábrica de piezas para automóviles, con un salario de 15 dólares semanales. Hasta este momento, las in-

quietudes del espíritu no habían prendido en él. Pero su madre, gran lectora, dejaba los libros sobre los muebles, y así Arthur entró en contacto con Dostoiéwsky. E inmediatamente el deseo de aprender se apoderó de él.

UNA JUVENTUD AZAROSA

Trató de ingresar en un establecimiento de enseñanza superior, pero sus malas notas de escolar se lo impidieron. Cuando terminó la guerra se lanzó, como antes su padre, al negocio de confecciones para señora y fracasó rotundamente. No tenía ninguna cualidad de hombre de negocios.

Durante muchos meses actuó como cantante en una modesta emisora de radio de Brooklyn y, al cabo de muchas tentativas, logró ingresar en la Universidad de Michigan.

Para subsistir y pagar sus estudios se encargó del cuidado de los ratones que se utilizan en el laboratorio de la Universidad para hacer en ellos estudios sobre el cáncer. Con lo que gana tiene lo suficiente para no morirse de hambre.

TORTURA SOBRE UNA MAQUINA DE ESCRIBIR

Decidido a seguir su vocación, se vuelca sobre las cuartillas y escribe su primera obra teatral, que se estrenó con poco éxito de crítica en Broadway. Sin embargo, esta su primera salida al escenario le produjo 1.250 dólares, con los que se compró una máquina de escribir. Este artefacto le hizo ver el mundo con más optimismo. Materialmente se amarró a él y escribió para el teatro, para la radio y para el cine. Un nuevo estreno en Broadway, y un nuevo fracaso. "El hombre de suerte" no aguantó nada más que seis representaciones.

Una novela contra los antisemitas tuvo gran éxito. En 1947 estrenó una obra, que la crítica calificó de cínica, sobre las actividades de los suministradores en tiempos de guerra. Con el dinero que ganó compró un terreno en Roxbury, en Connecticut, no lejos de Nueva York, y él mismo se construyó una rústica casa, porque para entonces ya dominaba los oficios de albañil y carpintero.

Su carrera literaria se vio coronada el año 49 al ganar, con "La muerte de un viajante", el premio Pulitzer. Esta obra, llevada después al cine, está inspirada en la depresión del año 29, y, sobre todo, tiene una tesis que no es muy grata a los norteamericanos: la de que el dinero no hace la felicidad.

DETRAS DE UN GRAN AMOR

Cuando se conoció la noticia, causó sensación. El mundo entero supo, menos los policías de Accra, naturalmente, que Marilyn Monroe y Arthur Miller se casaban. ¿Caba imaginarse un matrimonio más "imposible"? ¿Había novios más diferentes que Marilyn y Miller? Y, sin embargo, el amor había hecho presa en sus corazones.

Se conocieron en el año 1951 durante un cóctel que dió el Estudio donde rodaba Marilyn. El

PUEBLO

Fin de semana

SUPLEMENTO DE LOS SABADOS

MADRID, SABADO 14 DE JULIO DE 1956

era ya un escritor consagrado; ella no era todavía nada más que una "vamp", una estrella de segundo orden que apenas había llamado la atención con su última película "Jungla de asfalto". Marilyn también ha tenido que mantener una dura lucha en la vida. Ya en otra ocasión les hemos contado sus avatares de niña huérfana, su juventud desvalida y sus matrimonios desgraciados. Rodando de hogar en hogar, acogida a la compasión de las gentes, viviendo sus primeros años en asilos, a los quince años se casó por primera vez buscando el calor de un hogar propio. Después contrajo matri-

la intelectualidad a través de Miller, rechazaba ofendida en su dignidad artística. A pesar de ello, la Fox la convirtió en "la mujer con que sueñan todos los marinos", como se la conocía en América. Las fotografías de propaganda de Marilyn se han clavado en todas las chabolas que- rreras y en las literas de todos los camarotes.

UN ACONTECIMIENTO "ATÓMICO"

De pronto, con motivo de su boda, Marilyn se ha convertido en lo que los americanos llaman un suceso "atómico". Este feliz acontecimiento para ella la ha



Marilyn sigue conquistando la atención de la Prensa mundial, cada vez que decide hacerlo, mediante una nueva originalidad, como esta última de casarse con el primer dramaturgo de su país.

monio con Joe Di Maggio, el campeón de béisbol.

En el cine, su lucha fué también áspera. En 1949 aparece en una película de Groucho Marx. No hace nada más que pronunciar trece palabras y subir sus faldas por encima de las rodillas. Después de tres años de esfuerzos para traspasar el muro del cine, a los veintitrés años de su vida, éste es el primer papel importante que se la encomienda. Marilyn permaneció a las puertas de los estudios, esperando oportunidades con una constancia digna de un vendedor de aspiradores.

Darryl Zanuck la contrató para la Fox en buenas condiciones económicas, pero encomendándole unos papeles que Marilyn, que ya había entrado en contacto con

dado más popularidad que la película "Niágara". "Los caballeros las prefieren rubias" y las inquietudes intelectuales y artísticas que lanzó para asombro de sus admiradores. El correo de Marilyn, en la época de su esplendor cinematográfico, se componía de 5.000 cartas diarias, y llegó a ganar más dinero que Rita Hayworth y que Ava Gardner. "Cómo casarse con un millonario" reveló que, además de escultural, era artista.

A pesar de las actividades tan dispares de Marilyn y Miller, es lógico, hasta cierto punto, el amor volcánico que ha nacido en ellos. Marilyn se ha deslumbrado ante el espíritu cultivado del escritor, que ha hecho revivir en ella todos sus afanes de infancia y juventud, cuando su gran pasión era la literatura. Y él, hombre cuarentón, se ha sentido impresionado por el cariño y la admiración de una de las mujeres más guapas de América.

Arthur Miller, como ustedes saben, estaba casado y ha tenido que gestionar su divorcio en Reno. Sus dos hijos, Bobby y Jane, de nueve y once años, respectivamente, vivían con él, y Marilyn ensayará en ellos sus primeros brotes maternales.

El matrimonio ya se ha celebrado y Arthur y Marilyn han salido el 13 de este mes en viaje de luna de miel hacia Inglaterra. De paso, Marilyn rodará en Londres con sir Laurence Olivier "La princesa durmiente", con lo que ve colmados sus dos grandes deseos: tener un hogar feliz y ser una verdadera artista de la pantalla. Arthur Miller anda en graves dificultades, por inquietudes políticas anteriores no muy ortodoxas, para conseguir un pasaporte en regla. Mientras tanto, el primer dramaturgo americano soporta que le llamen "mister" Monroe...



Estas tres fotografías reflejan la felicidad del matrimonio Miller-Monroe. La belleza y el genio, tiernamente enlazados, se disponen a marchar por la vida por un camino de venturas

Cierto día el bueno de Pepe perdió su puesto. Trabajaba en una oficina y lo despidieron.

—Tú conoces a los jefes. Son unos tipos que hacen todo excepto trabajar. Se pasan el día mirando como trabajan los otros.

—Conozco a los jefes, sí; pero no me explico...

—Pues mi jefe estaba celoso de mí. ¿Sabes por qué? Porque todos creían que el jefe era yo...

—¿Cómo se le ocurrió dedicarse a domar elefantes?

—Muy sencillo. Yo era domador de pulgas y estaba empezando a perder la vista...

El colmo de la desgracia: comprar un traje con un par de pantalones de recambio y hacerse un sileto en la chaqueta.

EN MANGAS DE CAMISA

Eran las tres y media de la tarde cuando don Felipe ha entrado en este café. Venía el hombre asfixiado por sus grasas, sudoroso y tambaleándose, pues en la calle el sol mantiene el asfalto a la temperatura propicia para freír las suelas de los zapatos y el soplo del Guadarrama brilla por su ausencia.

Don Felipe ha caído derrumbado sobre el diván. Después de enjuagar su sudor con una toalla que ha pedido a la encargada de los servicios, don Felipe se ha quitado la chaqueta, quedándose en mangas de camisa, en mangas de una camisa blanca, recién planchada, limpia todavía...



El camarero, como si fuera un águila, ha caído sobre él:
—Señor... No puede usted estar en mangas de camisa...

—¿Cómo, cómo?— ha preguntado don Felipe, que no ha entendido nada.

—Digo que no puede usted estar en mangas de camisa...

—Pero..., pero... ¿Por qué?

—Porque está prohibido... Don Felipe, angustiado, ha mirado en torno suyo, buscando instintivamente

algún argumento aplastante en la persona de otro señor que también se hubiera despojado de la chaqueta: entonces me ha visto a mí, en mangas de camisa, fresco como una rosa... Su rostro se ha iluminado:

—¿Y... y ese señor?
El camarero, después de mirarle, le ha explicado:
—Ese señor lleva una camisa de sport... Vea usted que la prenda tiene un bolsillo y que sus mangas son cortas... Además, la lleva por fuera del pantalón...

El pobre don Felipe me ha observado perplejo: le he visto repasar con sus atónitos ojos mi bolsillo, mis mangas cortas y mis faldones ondeantes:

—Pero... todo eso..., ¿en qué altera la cuestión?— ha preguntado al camarero... Ese señor tampoco lleva chaqueta, que es lo importante...

—Sí, pero esa prenda está permitida... Es de sport..., ¿sabe? Don Felipe, luchando desde el parapeto de la lógica, ha comenzado a razonar:

—Un momento, un momento... Veamos: ustedes no quieren que los clientes se quiten la chaqueta porque suponen que esto es una falta de respeto y de civismo... Muy bien... De acuerdo... Pero lo mismo se está descamisado con mi camisa que con la de aquel señor... No me interrumpa... Por otra parte, la camisa no tiene nada de procaz ni de atrevida... Yo no tengo inconveniente en quitarme la chaqueta delante de mi abuelo, pongamos por persona seria... Sobre todo si debajo llevo una camisa limpia, con su corbata, sus gemelos y sus botones abrochados... No me interrumpa... La camisa de ese señor es feísima... Esos faldones resultan antiestéticos... Y los brazos de ese señor no tienen nada que ver... No me interrumpa, por favor... Ocorre, además, que este café no puede tener infugas, amigo mío... Si estuviera refrigerado, ustedes podrían prohibir que los clientes se despojaran de la chaqueta... Pero no hay refrigeración alguna; ahí veo un ventilador, pero está parado... No me interrumpa... Me he quitado la chaqueta porque, de lo contrario, moriría aquí abrasado, cocido... Pero dice usted que no puedo estar en mangas de camisa si no lleva bolsillo y faldones al aire... Muy bien; dado que yo muerto enchaquetado resultaría más antiestético que vivo en mangas de camisa, voy a hacer una cosa... Deme una navaja...

El camarero se la ha dado. Don Felipe ha sacado de los pantalones los faldones de la camisa, ha cortado por la altura del codo sus mangas y, con los pedazos de ellas, se ha fingido sobre el tórax dos bolsillos muy hermosos. Cuando ha terminado, muy serio le ha dicho al camarero:

—Ahora tráigame un café helado con una rodaja de limón... Y lo bueno es que el camarero no ha rechistado; casi todas las ordenanzas, por tontas, dan lugar a que cualquier señor con imaginación le tape la boca al camarero más ordenancista.

Rafael AZCONA



--Querido amigo, me parece que va a ser mejor no decir a nadie nada de esto.



--Llaman al "patrón" por teléfono. ¿Quién de los dos viene?



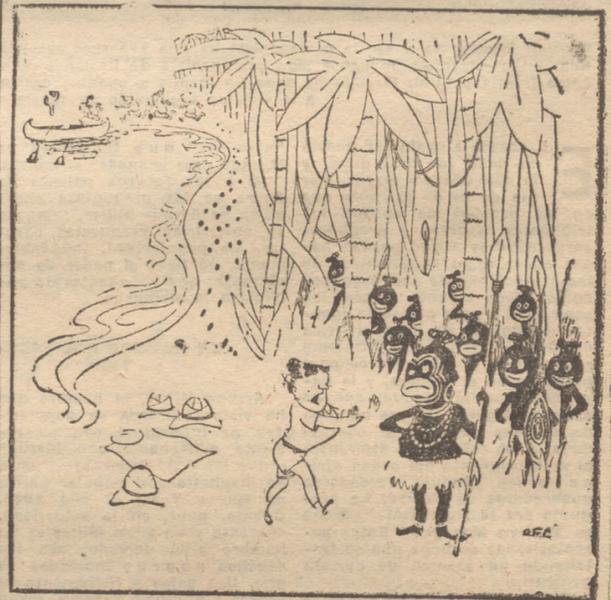
--;Señora, señora, se deja usted algo olvidado:



--Mira lo que acabo de pescar.



--Fíjate lo que es el azar... Ya no me acordaba que tenía una cita contigo.



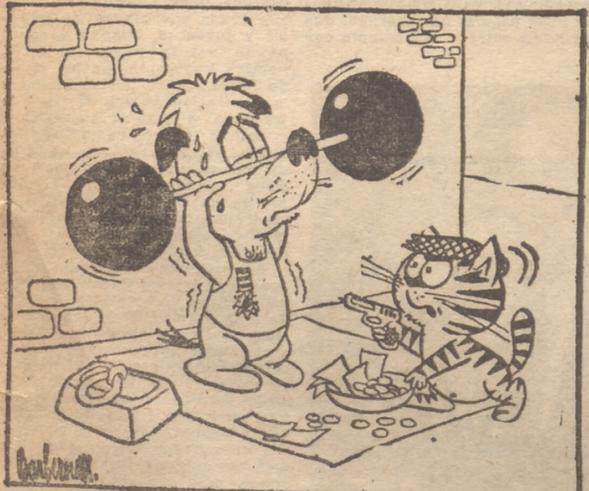
--No oigo nada..., seguro que me estáis gastando una broma.



--No quisiera interrumpirles, pero dentro de cinco minutos cerramos.



--Podrías venir a buscarme? Inés necesita hoy el coche.



--No se mueva. ¿comprendido. eh?



--Estás un poco cerca, sólo te veo las ventanillas de la nariz

El "Cinemascopio", de 55 milímetros, solución del cine panorámico y del cine en relieve

El 3 de diciembre de 1953 se proyectó en París el primer film en cinemascopio



Una escena de una de las modernas películas en cinemascopio.

ALARMADOS por la inflación de la televisión, los magnates del cine se han orientado por vías enteramente nuevas. Han pedido a sus técnicos que les ofrezcan esa famosa "sensación del espacio" que no procura la televisión.

La televisión nos muestra el mundo a través de una pequeña ventana. Las pantallas europeas no rebasan, en general, los 70 centímetros. En los Estados Unidos los técnicos se orientan hacia la pantalla de un metro. Pero es difícil que se pueda progresar en este terreno, ya que los aparatos de mayores dimensiones no pasarían por las puertas de los pisos.

Instalado en otras condiciones, provisto de todas las combinaciones arquitectónicas posibles, el cine puede abrirnos una visión

particularidad—difícilmente explicable desde el punto de vista fisiológico—de aportarnos accesoriamente una sensación de profundidad que linda con el relieve auténtico.

Las primeras realizaciones de la pantalla ancha se efectuaron en Francia, principalmente con el célebre "Napoleón", de Abel Gance. Este sistema es el del Cinerama, que tiene sus méritos, pero que trastorna la arquitectura de las salas y exige tres cámaras sincronizadas. La pantalla panorámica, convexa, reproduce sensiblemente el campo del ojo humano; siete bandas sonoras y ocho altavoces hábilmente colocados permiten "rodear" acústicamente a los espectadores.

El "Varifom" es una especie de "compaginación"; cada imagen pasa del largo rectángulo de

lente cilíndrica, pero admirablemente "corregida" y acromatizada.

Los primeros ensayos fueron confidenciales. El público vió por vez primera la "gran pantalla" en la Exposición de 1937. Durante este certamen se instaló una pantalla de dimensiones colosales, al aire libre, en el Campo de Marte. Luego no se habló más del asunto y las patentes del Hipergonar pasaron al dominio público.

Años después, el señor Skouras, presidente de la Casa Fox, al examinar diversos informes científicos, leyó una descripción de la gran pantalla del Campo de Marte. Su conclusión fué inmediata: ¡los franceses poseían un tesoro de un valor incalculable!

El 18 de diciembre de 1952, S. P. Skouras asistió a una demostración de cine; después el director de la Fox adoptó el Hipergonar, "lente transformadora de formas destinada al cinemascopio".

El nombre no era muy afortunado, ya que "cinemascopio", prácticamente, significa la misma cosa que "cinematógrafo", pero la novedad anunciaba brillantes promesas.

EL CINEMASCOPIO DE 55 MILIMETROS

El 3 de diciembre de 1953 se proyectó en París el primer film en cinemascopio, "La Túnica", acompañado de unas cuantas vistas sensacionales: la City de Londres, el puerto de Nueva York, etc... La sesión resultó de una extraña ironía filosófica. Los dirigentes de una gran firma norteamericana presentaron al público parisiente su descubrimiento: un ilustre sabio casi desconocido en su país.

Técnicamente, el cinemascopio de entonces—35 milímetros—no era irreprochable. Había una fuerte distorsión en los ángulos. La proyección sólo resultaba satisfactoria para los espectadores colocados, aproximadamente, en el eje de la sala.

Para remediar tales imperfecciones, los ingenieros tuvieron una idea casi empírica: recurrir a un film ancho, de 65 ó 70 milímetros. El ensayo se cifraba—nuevas cámaras, films de diversos formatos, etc.—en varios millones de dólares.

El célebre operador Charles G. Clarke ha contado lo siguiente: "Cuando me confiaron la realización de "Carrusel", la primera cinta en cinemascopio de 55 milímetros, experimenté una prodigiosa emoción. Al comienzo hubo que rodar en doble, con cámaras de 35 y de 55 milímetros. Luego nos dimos cuenta de que la precaución era superflua y rodamos exclusivamente con 55. Vale la pena precisar que primeramente rodamos con una cámara especial de 70 milímetros, construída veintiocho años antes para las primeras proyecciones en pantalla ancha. Seguidamente, la cámara de 55 fué puesta a punto definitivamente con el concurso de nuestros laboratorios."

Actualmente, el cinemascopio 55 se presenta del modo siguiente: registro de las imágenes en film de 55 milímetros con hipergonar, y luego reducción en film de 35 milímetros de formato comercial.

Para la proyección, el film se utiliza en un aparato hipergonar "amplificador" del tipo del que se emplea ya en las salas equipadas con el cinemascopio ordinario.

RESULTADOS INESPERADOS

Precisemos para los técnicos que Clarke ha empleado para "Carrusel" objetivos de 75, 100 y 150 milímetros, completados con el hipergonar de rigor. El 100 milímetros fué utilizado para la mayoría de las escenas. El 150 milímetros convenía para los primeros planos y el 75 milí-

metros para las escenas grandes angulares.

Los resultados obtenidos son verdaderamente notables... y parecen haber sorprendido a los propios especialistas. ¿Cómo se explica que el simple hecho de haber restringido cuatro veces la superficie inicial de la imagen haya podido conferir esa luminosidad, esa transparencia, esa pu-

reza de colores, esa ausencia absoluta de distorsión en los bordes del campo? Misterio.

Por lo demás, el "seudorelieve" resulta suficiente. El sonido, registrado magnéticamente, es de una rara fineza. Es dudoso, sin embargo, que se pueda conservar tal calidad en los registros ópticos de los films comerciales. Pero esto es ya otro problema.

CAMBIO DE CARA



En "Vacaciones en Roma", Audrey Hepburn fué una deliciosa princesita que conquistó a los sentimentales del mundo; en "La guerra y la paz", la estrella aparece como una excepcional actriz a la manera clásica; en "Sabrina", su papel nos la presenta un tanto ingenuamente mefistofélica, y, finalmente, ésta es la nueva versión, llena de picardía de barrio porteño, que adopta Audrey Hepburn en "Funny Face".



Un primer plano de Marilyn Monroe en CinemaScope.



El mismo plano anterior, tal como queda impresionado en película de 35 milímetros.

cada vez más amplia del mundo. Además puede ofrecernos la ilusión de una tercera dimensión. Por otra parte, un material acústico importante procura la "estereofonía", es decir, la localización del sonido—las palabras parecen emanar de la personalidad que habla—e incluso su difusión alrededor del espectador, mediante el artificio de los altavoces de las salas.

Todo esto ha conducido a dos series de investigaciones diferentes: "el cine en relieve", que no ha rebasado mucho el estado de la demostración científica, y el "panorámico".

SISTEMAS DEL CINE PANORAMICO

El cine panorámico ofrece la

la pantalla al formato apropiado, incluso al cuadrado perfecto, gracias a una focal variable. El sistema de "Vistavisión" es muy parecido; la imagen se amplifica en el momento de la proyección.

LA INVENCIÓN DEL HIPERAGONAR

En 1930, Henry Chrétien, profesor del Instituto de Óptica de París y matemático de valía, presentó en la Academia de Ciencias su "Hipergonar", que iba a alcanzar la celebridad durante cerca de un cuarto de siglo.

El Hipergonar, como lo indica su nombre, permite comprimir en un formato corriente una imagen grande angular. Es una

La alucinante vida del FIRMAMENTO

Montados en un rayo de luz daríamos dos vueltas a la Tierra en un segundo

Para medidas astronómicas se emplea el "año luz"

LA POLAR DISTA DE NOSOTROS 300 "AÑOS LUZ"

La noche azul, serena, me dice desde lejos: ¡Dios se esconde allí...

dice Zorrilla en su poema a la Tempestad. Efectivamente, mirar el cielo en la noche estrellada, si nuestro espíritu es capaz todavía de vivir y vibrar, nos hablará de la inmensidad del Todopoderoso, nos acercará a El.

Si miramos al cielo y no sólo vemos con los ojos de la cara, sino que vemos con los ojos de nuestra inteligencia, es decir, vemos lo que se encierra detrás de esa aparente y eterna quietud, si conocemos las estrellas por sus nombres y sabemos de sus vidas y azares, si las seguimos en su eterno peregrinar a través de los espacios infinitos, guiados por la ciencia, nos acercaremos mucho más a Dios y terminaremos dialogando con Dios.

LA VIA LACTEA

Nuestra vista no es capaz de distinguir las innumerables estrellas que en el cielo existen; solamente distingue unas pocas, y así con todo nos parecen infinitas. El astrónomo divide a las estrellas, las cataloga por su brillo, y llama estrellas de primera magnitud a las de fulgor más claro y cuenta así hasta 20 magnitudes. La vista normal sólo alcanza a percibir, sin medios ópticos auxiliares, las estrellas de la primera a la sexta magnitud.

En todo el cielo se encuentran 14 estrellas de primera magnitud, 39 de segunda, 106 de tercera, 445 de cuarta, 1.460 de quinta y 4.720 de sexta; lo que hace un total de 6.783 estrellas visibles a simple vista. ¡Y esta cifra nos parece una infinidad! Pongamos nuestro ojo detrás de unos buenos prismáticos de campaña, y nuestro asombro será enorme; pongámoslo detrás de uno de los más potentes telescopios y quedaremos maravillados. Veremos, aproximadamente, 46.000 estrellas de octava magnitud, cerca de 380.000 de décima magnitud, unos dos millones y medio de estrellas que clasificaremos en doceava magnitud, y si contásemos una a una las estrellas hasta la magnitud 16, llegaríamos a la cifra de 110 millones. Pero no terminará aquí nuestro asombro; nuestra Via Láctea, esa faja sutil resplandeciente que atraviesa el cielo, a cuyo sistema pertenece nuestro Sol con su corte de planetas, y que es una isla en el Universo, se ha calculado que está poblada por 80.000 millones de estrellas, soles como el nuestro y muchas veces mayores.

Pero no se limita a esta inmensidad nuestro universo; si pudiéramos trasladarnos con la imaginación y más velozes que la luz a los confines de nuestro sistema, de nuestra Via Láctea, de ofrecería a nuestra vista un espectáculo tan maravilloso y sorprendente como el que desde este misero pedazo de tierra disfrutamos; nos sucedería como si que quisiera llegar a alcanzar el horizonte y subiera montes y más montes encontrando siempre un horizonte más lejano.

EL AÑO LUZ

Nada nos dice, según se deduce, del tamaño de esos soles lejanos la aparente magnitud de las estrellas; pues Sirio, la estrella más luminosa de nuestro cielo, puede ser mucho más pequeño que alguno de esos insignificantes puntitos luminosos, solamente perceptibles en la placa fotográfica después de muchas horas de exposición sumergidos en la inmensidad del espacio. El conocimiento de la distancia de las estrellas y la medida de su brillo, si nos permitirá relacionarlas entre sí encontrando los tamaños de las mismas. Con los métodos actuales de investigación se pueden medir distancias de unos trescientos años luz en números redondos. La inmensidad del espacio hace abandonar como patrón de distancias el metro, resulta pequeño el kilómetro y se usa el "año luz". La luz se propaga con una velocidad que Einstein ha demostrado ser límite, de 300.000 kilómetros por segundo; es decir, montados en un rayo de luz daríamos dos veces la vuelta a la Tierra en un segundo y nos sobraría algo de tiempo. Un año luz es el espacio que recorre la luz en un año. Haciendo un cálculo aproximado, un año luz equivale a diez billones de kilómetros; 63.100 veces la distancia del Sol a la Tierra. Pero esta unidad aún resulta pequeña y actualmente se usa el "Parsec", que equivale a tres y un cuarto de años luz.

meras dinastías egipcias y no encontrarían un cambio sensible en el cielo. Los métodos modernos de investigación han permitido medir la velocidad de unas 100.000 estrellas de las más próximas a nosotros. Midiendo el desplazamiento por el ángulo descrito, se encuentra que en un siglo Sirio ha descrito un arco de ciento treinta segundos de arco. En la esfera de su reloj, cada minuto equivale a seis minutos de arco; divida usted esa pequeña separación de trazos en 360 partes iguales y una de ellas será un segundo de arco. ¡Insignificante! Ese angulito cuyo vértice es el centro de la esfera de su reloj, próloquelo usted hasta Sirio, 85 billones de kilómetros, y obtendrá sobre el cielo un desplazamiento de 450 millones de kilómetros; es decir, Sirio viaja a través del espacio a una velocidad de 1.300 kilómetros diarios, 60 kilómetros por hora. No es una velocidad de vértigo; pero imagínese millones y millones de estrellas viajando por el Universo con estas velocidades y mayores y en distintas direcciones. Si usted no se lo puede imaginar, verá el problema el delegado de Tráfico de Madrid con verdadero pavor. ¡Afortunadamente, imponer orden en el cielo no es misión encomendada a los hombres!

LA POLAR A TRESCIENTOS AÑOS LUZ

Algunas de las estrellas que todas las noches podemos contemplar están a las siguientes distancias: Sirio, a nueve años luz; Vega, de la constelación de la Lira, está a veintiséis años luz; las estrellas principales de la Osa Mayor están de sesenta a ochenta años luz; la estrella Polar se encuentra trescientos años luz por encima de nuestras cabezas, y las nubes estelares de nuestra Via Láctea tienen una vecindad con nosotros distanciada por cinco mil años luz. No es extraño que estrellas gigantes situadas a tan colosales distancias nos aparezcan más insignificantes que nuestro Sol, que casi podemos cogerlo con la mano. Durante muchos siglos, los hombres creyeron que las estrellas eran unos polvos de purpura esparcidos por la bóveda de cristal del cielo, fijos e inmutables. A nuestra vista se presentan como tal, pero la ciencia nos dice que las estrellas están en constante movimiento. Se ha comprobado que el cielo que nosotros contemplamos no es el mismo que maravilló a Ptolomeo, hace diecisiete siglos. Pero la variación no ha sido grande. Podrían despertar de su sueño de siglos los faraones de las pri-

EL BAILE DE LAS ESTRELLAS

Esto respecto a desplazamientos laterales, ya que además las estrellas se acercan a nosotros unas y otras se alejan, siendo inobservable su desplazamiento en este sentido por el procedimiento del reloj y los segundos de arco. Existen otros métodos espectroscópicos, basados en el efecto Doppler, que nos dicen a qué velocidad vertiginosa se mueven las estrellas. Sirio se acerca a nosotros a una velocidad de siete kilómetros por segundo, es decir, 25.200 kilómetros por hora; en dos horas la vuelta a la Tierra con parada para visitar el Museo del Prado.



Sobre la terraza de su casita, este anciano de fisonomía barojiana pasa largas horas tras de su telescopio estudiando los fenómenos de los espacios celestes; cada día aumenta el número de los aficionados a la astronomía, y las sociedades que agrupan este tipo de estudiosos se multiplican en todas las naciones del mundo.

Y Sirio es de las estrellas más perezosas; Aldebarán se aleja de nosotros a la asombrosa velocidad de 200.000 kilómetros por hora. Meta usted varios vehículos de esos por la Gran Vía e intente dirigir el tráfico.

Nuestro sistema solar, en conjunto, se desplaza en el espacio hacia un punto llamado "apex", que se halla en los límites de la constelación de Hércules, en dirección a la de la Lira. Y, al parecer, tenemos prisa en llegar a ese punto del espacio, pues nos acercamos a él con una velocidad de 19 kilómetros y medio por segundo; es decir, en un año habremos recorrido 615 millones de kilómetros.

AGENCIA DE VIAJES CELESTES

Al igual que nuestro sistema solar, existen en el cielo grupos de estrellas que se desplazan juntas, como si hicieran un viaje a través del Universo organizado por una agencia de viajes; hay otras que viajan por su cuenta, solas e independientes, y

hay otras, miles se han descubiertas, que hacen su eterno viaje en compañía de otra estrella; son como matrimonios estelares, son las estrellas dobles. Si usted tiene buena vista observe la estrella que hay en el centro de la lanza de la Osa Mayor; se llama Mizar; junto a ella verá una estrellita diminuta; se llama Alcor. Mirando con un telescopio, Alcor se separa de Mizar y aparece junto a esta otra estrellita inobservable a simple vista. Mizar y su insignificante compañera constituyen una estrella doble. Viajan juntas por el espacio, girando una alrededor de la otra en eterno y grandioso idilio.

A veces no sólo son estrellas dobles, sino que son tres y cuatro las estrellas que giran alrededor de una de ellas, constituyendo una familia estelar. Siendo cada una de estas estrellas de distinto color, debido a su composición y naturaleza, imagínese el lector qué mundo de fantasía sería una hipotética Tierra, perteneciente a estas familias estelares, en la que brillasen al mismo tiempo en su cielo tres o cuatro soles de distintos colores.

Muchas veces estas estrellas dobles se presentan como estrellas de luz variable debido a que su brillo es modificado por el paso de su inseparable compañera; pero no todas las estrellas que en el firmamento se observan de luz variable son dobles, pues existen algunas que acrecientan o disminuyen su brillo por sí mismas.

EL SOL ES VARIABLE

Estas estrellas variables, entre las que se encuentra nuestro Sol, tienen características comunes, entre otras la de su color; son rojizas, indicando que su temperatura es menor que la de aquellas estrellas blancas y amarillas. Esto nos indica que únicamente los soles que se encuentran en un determinado estado de su evolución son los que pueden presentar cambios en su luz. Debido a datos experimentales, se ha llegado a pensar que estas estrellas respiran de tal manera que, al inspirar, se dilatan, disminuye su temperatura y decrece su brillo, sucediendo lo contrario en la espiración. Este proceso, pero de proporciones mayores, gigantescas, es el que se da en las "novas", estrellas que aparecen bruscamente en el firmamento con gran fulgor y que nuevamente desaparecen. La observación de muchas de estas estrellas nos enseña que son soles ya existentes en el espacio, pero inobservables por su escaso brillo; por causas aún desconocidas se altera el estado de equilibrio en el formidable globo de gases incandescentes, la presión de dentro afuera aumenta de tal manera que el globo se hincha, inspira, hasta tal extremo que las capas gaseosas de su superficie son expulsadas velozmente de la estrella, formando, quizá, una

condensación que nos parecen estrellas acompañantes de la "nova", que ha sufrido la explosión. La estrella, después de la explosión, se contrae en sí misma y queda convertida en una estrella de orden menor.

En el año 1901 apareció una "nova" en la constelación de Perseo, que se alejaba de nosotros con una velocidad de 18 kilómetros por segundo; la masa gaseosa que resultó de la terrible e hipotética explosión se acercaba a nosotros a la vertiginosa velocidad de 700 kilómetros por segundo.

Hay muchos astrónomos que opinan que todas las estrellas han de pasar por una fase semejante en su desarrollo. Si nuestro Sol, estrella variable de un periodo de once años, en una de sus respiraciones creciera y creciera hasta que parte de sus ardientes masas se desintegrasen de él y se acercasen a nosotros con una velocidad de cientos de kilómetros por segundo, la temperatura en nuestro planeta aumentaría hasta un grado en el que la vida sería imposible y finalmente la Tierra quedaría sumergida en un inmenso mar de fuego en la nebulosa incandescente expulsada por la explosión del Sol. Nada puede pronosticar la ciencia sobre este punto. Sería el final de la Tierra, un final fantástico, pero bíblico: "Vendrá una lluvia de fuego..."

La joven actriz pide una entrevista con el director artístico:

—Al contratarme, me aseguró usted que me daría papeles variados, propios para lucirme. Pero el caso es que desde que trabajo con usted hago el mismo papel en la misma comedia y consiste en presentar a la dueña de la casa una carta en una bandeja. Francamente, creo que puedo hacer más...

—Tiene usted razón. Puede usted hacer más. Desde mañana presentará usted una carta certificada.

A la orilla del río, una niña está lavando a su gato. Lo enjabona, lo fríega, lo estruja... Un señor se detiene indignado y protesta:

—Eres un monstruo de crueldad. Los gatos no soportan el agua. Se te morirá en las manos.

La niña no se da por enterada y el señor se va. Una hora después, el mismo señor vuelve por allí y encuentra a la niña junto al gatito, muerto.

—Ya te lo había dicho. A los gatos no se les puede lavar. —Si no se murió cuando lo lavaba. El pobrecito se murió cuando lo puse a secar.



En el Museo de Historia de la Ciencia de Florencia se conserva este reloj de sol, que mediante un curioso mecanismo medía también el tiempo durante la noche, siendo en verdad un aparato extraordinario si se tiene en cuenta que data de 1400 antes de Cristo. El cálculo de la hora con precisión no se consiguió hasta 1600 de nuestra Era con la introducción del péndulo.

Para campo y playa

TODAS nuestras lectoras recuerdan su malaventurado arribo a la estación de la gran ciudad o el pequeño poblado en sus vacaciones del año pasado. Los maleteros escasean cada día más. En los pueblecitos ni existen, y en las grandes urbes miran con indiferencia al viajero

está dispuesta a suprimir de la maleta hasta un pañuelo de bolsillo si piensa que le va a resultar superfluo. Pero como toda mujer desea estar guapa en sus vacaciones, además de cómoda a la hora de cargar con los bultos, nosotros acudimos en su ayuda muy com-

el vestido elegantón del equipo. 2. Las blusas son imprescindibles en verano. Además de esta de motas azules, usted debe poner en la maleta una practiquísima de nylon y uno o dos jerseys, sin olvidar la caja de los collares, pendientes y pulseras aparatosos, que sirven para hacer cambiar de "cara" a todos los vestidos.

3. No olvide un buen sombrero de paja para el sol. El del diseño es un modelo muy popular en Italia, que se vende por poquísimo dinero en el famoso mercado de la paja de Florencia; pero todavía están más de moda los de artesanía española.

4. Ya hemos hablado de la abundancia de collares. En Galicia—principalmente en La Toja—se venden a 8 y 10 pesetas los collares más bonitos que podamos imaginar, confeccionados con caracoles y conchas marinas. Las extranjeras se los llevan por docenas para regalarlos a las amigas, y vosotras debéis encargarnos unos cuantos si tenéis ocasión. Para la temporada estival no se han inventado todavía ni en París, ni en Roma, ni en Madrid collares que puedan compararse a estos gallegos por su belleza.

5. Nunca nos cansaremos de aconsejar los zapatos cómodos. Las sandalias son muy bonitas, pero si se trata de grandes caminatas o paseos por caminos llenos de piedrecitas o tierra, hay que preferir el calzado del tipo mocasin, de suela blanda y forro suave.

6. Los pañuelos de algodón son otro éxito de la artesanía española. Si vuestras vacaciones van a transcurrir en el extranjero, preferirlos con temas muy españoles y os servirán de magnífico introductor de embajadores en muchísimos casos. A una amiga extranjera que os brinde su hospitalidad en una cena o almuerzo, y que seguramente os elogiará el pañuelo con temas taurinos o flamencos, le haréis un regalo delicioso si os quitáis el pañuelo de los hombros y se lo ofrecéis gentilmente. Su contento será también muy grande si le regaláis vuestro abanico. Una chica muy inteligente que yo conozco lleva siempre en la maleta hasta una docena de los de cinco duros, con los que ha resuelto maravillosamente sus compromisos más difíciles en sus vacaciones más allá de la frontera. ¡Resultan tan caros en Alemania nuestros clavetes!

7. Las siluetas juveniles,

sean o no tengan veinte años quedan graciosísimamente e nmarcadas en unos pantalones. Si tenéis el tobillo fino, emplead los de pirata. Si vuestras piernas no son muy bonitas, decidíos por los largos. Los blusones de "lobo de mar" son enormemente cómodos y tan útiles para las gordas como para las flaquitas.

8, 9 y 10. Luego existen esos pequeños detalles que ponen orden en la maleta—las bolsas de plástico—o que son imprescindibles para el deporte "short".

11. Y finalmente éste es el trajeito para todo poner. De un algodón muy lavable, en tonos brillantes, de falda muy amplia y fácil de planchar. El ideal sería confeccionarlo con una mezcla de nylon que haga innecesaria la plancha.

LIGERO, PRACTICO Y ELEGANTE

Quando la señora que prepara su equipaje es un poquito más llamativa y, por tanto, puede permitirse el lujo de tener más edad, el equipo ideal ha de tener:

1 y 2. Los imprescindibles bolsos grandes en los que caben tantas pequeñeces imprescindibles: cremas, polvos, carmín, gafas contra el sol, novelitas, pañuelos para la cabeza y tantos accesorios necesarios cuando ya no se tienen esos estupendos veinte años llenos de ligereza.

3. Este traje de algodón de dos piezas es ideal para resultar juvenil esa mañana o esa tarde en la que una desearía llamar la atención de los pretendientes de su sobrina.

4. Modosito, elegante, propio para el almuerzo en una terraza elegante.

5. Si usted tiene una figura espléndida, no pierda la oportunidad de lucirla en la terraza de su hotel. Es uno de estos conjuntos capaces de hacer volver la cabeza hasta a los miopes.

6. A la hora de hablar de los sombreros veraniegos, le permitimos a usted al número 3 del conjunto anterior.

7. El trajeito en cuestión no necesita explicaciones ni elogios. Es encantador, resulta juvenil por su cuello camisero y original por la disposición de sus plisados.

8 y 9. Si usted hace deporte—mucho o poco—y sigue teniendo la buena figura que le suponemos en el número 5, emplee estos elegantes conjuntos, que ocupan poco espacio en la maleta y mucho en el comentario de sus amigas.

LIGERO, PRACTICO Y ELEGANTE



1: Bólso de paja.—2: Cartera de piel para viaje.—3: Traje de algodón en dos piezas, estampado en azul claro, que imita entre dos antiguos.—4: Pijama para playa en fantasía de gárdina azul.—5: Sombrero de jardín en paja adornada con guirnalda de flores silvestres.—6: Traje de algodón rayado en blanco y azul.—7: Short y blusa blanca.—8: Short y blusa blanca.—9: Cuerpo y falda en nylon blanco indispensable.

Juvenil, alegre y gracioso



1. Traje en gris, negro y blanco, con gran cuello de piqué.—2. Blusa blanca con lunares azules.—3. Sombrero de paja florentina color cereza.—4. Largo collar de perlas falsas.—5. Mocasines de suela suave.—6. Pañuelo de algodón estampado.—7. Blusa marinera en algodón azul y blanco.—8. Zapatillas veraniegas.—9. Bolsas de plástico para guardar los elementos de aseo.—10. Short.—11. Traje de algodón negro y verde.

medio y se lanzan a la conquista de los equipajes de superlujo: sombrereras, equipo de golf, equipo de pesca, maletas, maletines, maletines, bates y propinas en dólares. De modo que la viajera media, ya en el andén, suspira, mira sus propios bultos y valerosamente carga con ellos hasta la fonda.

El recuerdo de esta escena y de sus manos machacadas por el peso de trastos y prendas inútiles, acude ahora a la imaginación de la viajera que este año

placidos, presentándoles dos conjuntos para llevar en la maleta.

JUVENIL, ALEGRE Y GRACIOSO

1. El primero consta de un trajeito gris, blanco y negro, que tiene un gran escote para las horas calurosas, y se completa con un cuello amplio de piqué que tapa el escote cuando es preciso, y aunque no mucho, hasta abriga un poquitín si refresca el tiempo. Este puede ser

PARA LA MOTO PARA LA BARCA



Para las amazonas de la carretera ha sido creado este elegante conjunto en gabardina azul (los pantalones) y algodón rojo (la blusa).



Para las jornadas marítimas, los creadores han lanzado este modelo de "lobo de mar" en rojo y negro los pantalones y blanco el blusón.

De mujer a mujer

por NURIA MARIA



Querida Nuria María: Aceptando la amistad que me brinda en su acertada carta y ofreciéndole la mía, abusando de su amabilidad, me atrevo a hacerle una nueva consulta.

Tengo una hermana que va con un joven que no es del agrado de casa. Cada vez que le ven con él, hay un disgusto. La regañan todos, excepto yo, que, por ser la pequeña, creo conveniente callar. Yo sólo le digo que basta que no es del gusto de nuestra madre, debe obedecerla, ya que no tenemos padre, y ella ha trabajado mucho por escarnos a todos adelante y no es digna de disgustos. Mi madre no sabe ya qué hacer, si reñirla o dejarla; pero teme que algún día puedan verla mis hermanos y armen jaleo. ¿Qué cree usted más conveniente en este caso: reñirla o dejarla? ¿Mandarla fuera para ver si olvida?

Le ruego tenga la bondad de perdonar las molestias que pueda ocasionarla, ya que no sólo hoy la he consultado, sino varias veces, quedándole muy agradecida. Y en espera de su respuesta le abraza cariñosamente—T.

CONTESTACION

No ha sido molestia nunca, para mí, contestar a mis queridas consultantes, y menos aún cuando se trata de una buena amiga ya, como lo es usted, pequeña.

Me hago cargo de lo preocupada que vive su mamá, por lo que usted me explica; pues nada duele tanto como ver que un hijo, al que se adora, adopta una amistad, una costumbre, una decisión, etc., que no le conviene. Ahora bien, lo que debe hacer su madre es averiguar si realmente no le conviene ese muchacho a su hermana, sea por carecer de principios, estar muy enfermo o no amar el trabajo. Una mera antipatía, una inexplicable aversión sin base, no justificaría la oposición de su mamá, pues hay personas que no nos agradan instintivamente y, sin embargo, hemos de admitir que son buenas e intachables. Su mamá debe pedir informes de ese joven y si no son desfavorables, que con paciencia se resigna a dejar que las cosas sigan su curso. Tal vez las relaciones se rompan por sí solas, y si no ocurre así, al fin la que se tiene que casar es su hermana y ella es la que tiene que convivir con el muchacho. Puede, no obstante, que los informes corroboren las apprehensiones de su mamá, y el pretendiente de su hermana sea un sujeto despreciable. En tal caso, que energética ponga todos los obstáculos que pueda al noviazgo. Primero que trate de convencerla con dulzura, advirtiéndola que sólo el gran amor que la profesa le hace pelear por su felicidad. Si nada consigue, que la mande fuera tres o cuatro meses. De proseguir el noviazgo, pese a todas las precauciones, entonces

que no salga nunca su hermana a solas, aunque para acompañarla tengan que sacrificarse su mamá o usted. Esperemos que sea suficiente la consecuencia de todos en oponerse para al fin desanimarse su hermana. Si en efecto se trata de un individuo poco recomendable, su comportamiento, con el tiempo, acabará también decepcionando a su hermana. Confíen en Dios, y con su ayuda, el cauce de las vidas de los que aman será el más certero.

CONTESTACION A DOS AMIGAS

Triste situación la de las dos, hijas mías, y deben poner toda su fe en Dios, para que, fuerte su ánimo, puedan hacer frente con entereza a su desdicha. El defecto de sus maridos es desconsolador y de los que más perjuicios acarrea al hogar y a la familia. La persona que se entrega a la bebida pierde el control razonable de sus actos y es como un ciego que, armado de un palo, pega a diestro y siniestro sin saber a quién y a dónde alcanzan sus destrozos. Al herir a los seres más queridos se destruye moralmente a sí mismo y, al esclavizarse al veneno del alcohol, se suicida poco a poco.

Comprendo, por lo que me explican, que han apelado a todos los medios persuasivos que hay para hacer reaccionar a sus esposos, y han empleado

la dulzura, la paciencia, la energía y la tenacidad para, por todos los caminos, tratar de salvarlos y salvarse. Algo no obstante, no me dicen, y es si han consultado al médico. Hace años que la Medicina viene estudiando con ahínco el caso de los seres que se entregan a la bebida, habiendo llegado a la conclusión que se trata de enfermos con los que es menester ensayar tratamientos psicológicos, etc., parecidos a los que puedan emplearse con cualquier enfermo mental.

Una y otra, hijitas, lo que deben hacer es procurar que sus esposos se confíen al cuidado del médico para que éste ensaye los métodos oportunos para su curación. Con afecto sin límites, imbuyan en sus maridos el deseo de cambiar; recordándoles a sus hijos, en los que ejercen una influencia pernicioso. Procuren acompañar a sus esposos cuantas veces les sea posible, dejándoles en pocas ocasiones a solas con sus amigos, y el Señor querrá que su esperanza y su cariño se vea compensado con un cambio radical de esos pobres hombres que merecen una gran compasión.

Dirigid vuestras consultas a Nuria María, apartado de Correos 12.141, Madrid.



EL CASO DEL GATITO IMPRUDENTE

St Stanley
GARDNER

—¿Es muy importante esa fortuna?
—Sí.
—¿Pero apareció Alber?
Mason sonrió irónicamente.
—Eso es, apareció Alber—repitió Mason—. Gerald Shore cree que el joven está poniendo en juego todo su encanto para conquistar a la dama, y no hay duda de que se ha convertido en un visitante asiduo de la casa.
—¿Santo Dios! No irá usted a decir que esa mujer de sesenta y cuatro años piensa en casarse con...
—Posiblemente no—respondió Mason—. Pero, en cambio, pretende que su sobrina se case con él, y la idea parece ser del agrado de Alber, Matilda Shore es una déspota absolutista y es ella la que lo maneja todo. Sin embargo, no conoce usted aún todos los detalles del caso. Esta tarde no sólo hubo esa misteriosa llamada telefónica, sino que un gatito que tiene Helen Kendal fué envenenado.
Della arqueó las cejas.
—Pero ¿qué tiene que ver el gatito envenenado con la aparición de Franklin Shore?
—Tal vez nada, o tal vez mucho.
—¿De qué forma?
—Probablemente, el envenenamiento del gato es obra de alguien de la casa.
—¿Por qué lo cree usted así?
—Pues porque están casi seguros de que el gato no ha salido de la casa después de las tres de la tarde. Los síntomas de envenenamiento se presentaron alrededor de las cinco. El veterinario afirma que el veneno le fué administrado al animalito quince o veinte minutos antes de que lo llevaran a la clínica. Y esto ocurrió alrededor de las cinco de la tarde.
—¿Qué clase de veneno le dieron?—inquirió Della.
—Algún veneno que también hubiera podido ser administrado a un ser humano.
—Esa es la cuestión—repuso Mason—. Al parecer utilizaron la estricnina, que tiene un gusto amargo. Un animal se lo tragaría sin el menor titubeo porque el veneno estaba cuidadosamente envuelto en pequeñas bolitas de carne, pues los animales rara vez mastican lo que comen; pero un ser humano hubiera notado inmediatamente el sabor amargo, sobre todo si la carne estaba cocida.
—¿Y quiere usted que yo le acompañe esta noche?
—Sí. Un individuo llamado Leech nos conducirá al sitio donde se encuentra oculto Franklin.
—¿Y por qué se oculta?
Mason se echó a reír.
—En primer lugar tenemos que preguntarnos por qué desapareció. Ya me he preguntado eso varias veces, Della. No deja de ser extraño que un hombre que era lo suficientemente materialista como para seguir vendiendo acciones a bajo precio durante los años que siguieron a la crisis del 29, que ganaba el dinero que quería, a quien la vida se lo brindaba todo, desapareciera de súbito sin llevarse ningún dinero.
—Quizá tuviera guardada alguna cantidad en otro sitio—insinuó Della Street.
—Imposible—contestó Mason.
—Tal vez falsificara los libros...
—Un individuo que tuviera entradas más pequeñas podría haberlo hecho. Pero los negocios de Franklin Shore eran demasiado complejos y grandes. No fué eso lo que ocurrió. Pero creo que estamos a punto de aclarar un antiguo misterio. La solución será muy interesante y tal vez el caso nos proporcione una serie de aventuras. Ahora le haré el retrato de Matilda Shore, tal como me lo ha pintado su sobrina. Se trata de una mujer siempre malhumorada, de carácter decidido, con más de un

millón de dólares entre sus manos, avara, próxima al final de su existencia, aficionada a los pájaros. Tiene un criado que ha pasado siempre por un coreano, pero que se conduce, se parece y habla como un japonés. La señora Shore vive en la actualidad para una sola cosa: el deseo de encontrarse en su casa cuando al fin retorne su esposo. ¡Vamos, Della, estamos siguiendo el rastro de otra aventura criminal!
Della hizo una mueca.
—Todavía no se ha producido el crimen—afirmó.
—Tiene usted razón—repuso Mason acercándose al armario para coger su abrigo—. Pero, por lo menos, contamos con una tentativa criminal.
—¿Cuál?
—La que se ha llevado a cabo con el gatito.
—¿El caso del gatito envenenado?—preguntó la joven.
Y diciendo esto la joven metió en su bolso la libreta de taquigrafía y media docena de lápices, permaneciendo de pie junto a la mesa del despacho, como si algo la preocupara.
—¿Vamos?—exclamó impaciente Mason.
—Jefe—exclamó la joven de pronto—, ¿ha reparado usted alguna vez en la forma que tienen de comer los gatos?
—¿Por qué me hace esa pregunta?
—Por lo general los gatos comen con mucha delicadeza, eligiendo cuidadosamente los bocados. Ese gatito debía de tener mucha hambre cuando se tragó sin masticar las bolitas de carne que le echaron.
—Sospecho que el gatito fué muy imprudente.
—Sí, muy imprudente—repitió Della—. Y creo que cuando abra la carpeta para archivar todo lo relacionado con este caso, escribiremos este rótulo: "El caso del gatito imprudente".

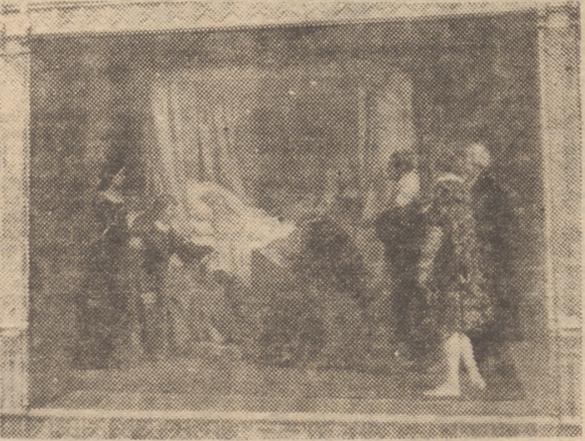


V
Camino ya de Castle Gate en el coche de Mason, Della Street preguntó a su jefe:
—¿Puso Franklin Shore todas sus propiedades a nombre de su esposa?
—Tengo entendido que sí. Todas las cuentas bancarias estaban a nombre de los dos.
—¿Mucho antes de la desaparición?
—Tres o cuatro años antes.
—Entonces si ella quisiera impedir que él regresara, podría muy bien...
—Pero no podría evitar que volviera físicamente—contestó Mason interrumpiendo a su secretaria—. Aunque eso sí, podría evitar el retorno financiero. Supongamos que en el instante en que él asome las narices, ella entabla demanda de divorcio y solicita que se inscriban a nombre de su esposa las propiedades y lo poco que ha quedado. ¿Comprende la situación? La esposa afirmaría que las otras propiedades eran de ella.
—Y usted cree que es eso lo que ella se propone hacer, ¿no es eso?
—Indudablemente salta a la vista que Shore tiene alguna razón para querer que yo esté presente en la conferencia—dijo Mason—, pues no creo que me haya llamado para jugar una partida de cartas.
Los dos guardaron silencio durante un breve tiempo, hasta que, transcurridos algunos minutos, Della preguntó:
—¿Dónde hemos de reunirnos con los demás?
—Una manzana antes del hotel Castle Gate.
—¿Qué clase de establecimiento es ese hotel?
—Un hotel de ínfima categoría. Posee un aire de respetabilidad, pero sólo se trata de un ligero barniz.
—¿Y Henry Leech quiere que usted y Helen Kendal vayan a ese lugar?
—Sí.
—¿Cree usted que no pondrá inconvenientes en que vayamos los cuatro?
—Lo ignora. Existen circunstancias muy especiales y quiero tomar nota de todo para saber bien lo que se dice y lo que no se dice... En la próxima esquina nos encontraremos con los demás. Y aquí tenemos un buen sitio para estacionar el coche.
Mason acercó el automóvil a la acera, apagó la luz de los faros y paró el motor, después de ayudar

mes. Viajeros. Restaurante." El letrero estaba sucio y descolorido por efecto del polvo y del hollín de la gran ciudad.
Mason cogió del brazo a Helen Kendal.
—Usted y yo iremos delante—murmuró—. Shore, usted y la señorita Street pueden seguirnos dentro de un minuto. No demuestren que van con nosotros hasta que estemos en el ascensor.
Gerald Shore vaciló un instante.
—Después de todo—dijo—, la persona a quien yo deseo ver es a mi hermano Franklin. No tengo el menor interés en ver a ese individuo llamado Leech. Si mi presencia puede inquietarle, prefiero sentarme en el coche y esperar.
—Entonces, mi secretaria vendrá conmigo—contestó Mason—. Así seremos tres. Usted podría ser el cuarto.
Shore tomó una rápida resolución.
—No—dijo—. Esperaré en el automóvil, pero en cuanto vea usted a mi hermano, quiero que le diga que estoy aquí y que deseo verle antes que hable con nadie más. ¿Comprende usted? Antes que hable con nadie—repitió.
Mason contempló a Gerald Shore con expresión burlona.
—¿Antes de que hable conmigo?
—Con usted y con cualquier otra persona.
—Si desea que ese mensaje llegue a su hermano, líveselo usted mismo—replicó Mason—El me ha llamado a mí. Probablemente desea hacerme una consulta de tipo profesional.
Shore se inclinó como lo hubiera hecho ante un tribunal.
—Perdón, compañero. He cometido un error. De todos modos, esperaré aquí. Dudo mucho que mi hermano esté hospedado en ese hotel. Cuando salgan en compañía de Leech, me uniré a ustedes.
Y sin más echó a andar hacia el lugar donde tenía estacionado su automóvil, en el que tomó asiento.
Mason dirigió a Helen una sonrisa tranquilizadora.
—Vamos—susurró.
Los tres avanzaron por la acera casi desierta en busca de la puerta del viejo hotel. Mason empujó la puerta para que pasaran delante las dos jóvenes, y siguió tras ellas.
El vestíbulo tenía unos seis metros de ancho, se extendía hasta un mostrador en forma de U, situado en el fondo, y cerca del cual había una centralita telefónica. Detrás del mostrador se encontraba sentado un empleado de aspecto aburrido que leía una novela policíaca de las más espeluznantes. Frente al mostrador había dos ascensores automáticos. Quince o veinte sillas se hallaban colocadas en hilera contra una de las paredes del vestíbulo. Media docena de individuos, sentados en las posiciones más diversas, levantaron la vista para mirar, primero con visible indiferencia e inmediatamente con el mayor interés a las dos esbeltas jóvenes escoltadas por la alta figura del abogado.
El empleado apartó sus ojos de la revista e hizo el alto honor de fijar su atención en los recién llegados.
—¿Está hospedado en este hotel un tal Henry Leech?—preguntó Mason al llegar ante el mostrador.
—Sí.
—¿Lleva aquí mucho tiempo?
—Alrededor de un año.
—¿En qué habitación está?
—Tercer piso, dieciocho.
—¿Quiere usted llamarle, por favor?
El escribiente, que por lo visto ejercía también las funciones de telefonista, se acercó a la centralita e introdujo una clavija en uno de los orificios. El hombre oprimió un botón varias veces a la vez que mantenía apoyado el auricular contra su oreja izquierda. Sus ojos examinaron a Della Street y a Helen Kendal con un interés que no trató de disimular.
(Continuará.)
(Publicado con autorización de la Colección "El Buzo".)

EL SIGLO XIX Y JOAQUIN VALVERDE.—Siempre es necesaria la revisión, y más si se trata de períodos artísticos que han sido motivo de apasionamientos, y ninguno con mayores pros y contras que el siglo XIX, época en la que tantos pintores, por fidelidad a sus años, cumplieron con lo que creyeron su deber, y cumplieron también con lo que no creyeron su "deber". Sobre este tema, tan interesante, el profesor de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando don Joaquín Valverde, nuevo académico, ha hecho una glosa, de la cual entresacamos los siguientes párrafos, que resumen una aportación importante sobre "posiciones" de los artistas, que acaso por "estar" tan cerca de nosotros no hemos comprendido en su justo valor:
"El legado artístico del siglo XIX es hoy casi generalmente desestimado. Ni siquiera como hecho histórico merece una justa consideración, ya que suele hablarse de él con indiferencia, cuando no con desprecio. Sin embargo, la herencia del siglo XIX tiene todavía validez. Nadie puede prescindir de ella, aunque se crea lo contrario, al adoptar posturas más o menos arbitrarias y originales.
Es evidente la pugna de la pintura española del 800 con el nacimiento de las maneras impresionistas. De acuerdo con una tradición artística virtualmente clásica, se había aceptado antes el realismo francés, mejor dicho, el

Noticia y crítica de ARTE

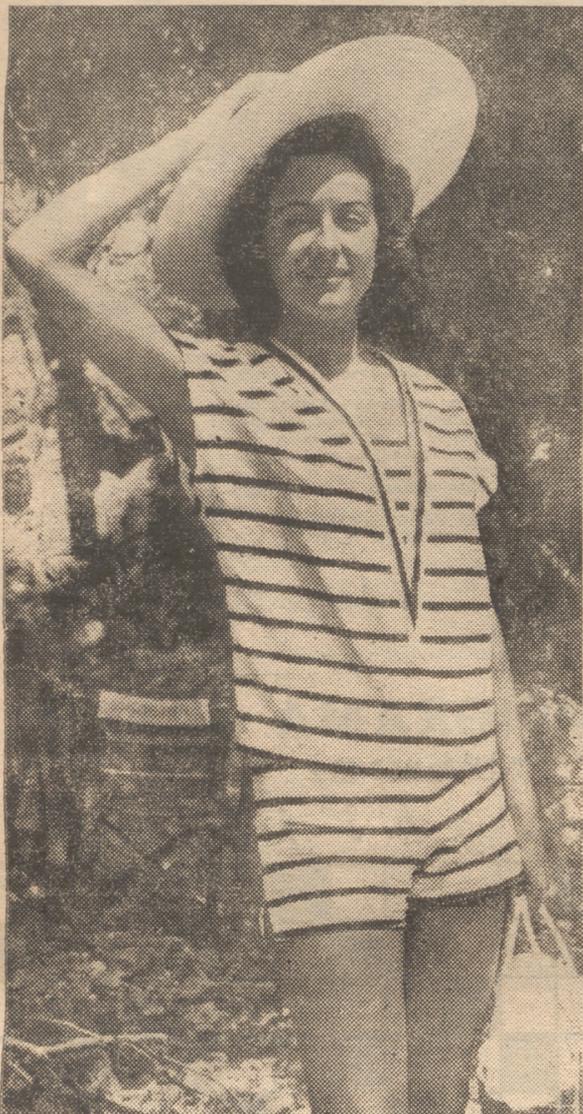


"El testamento de Isabel la Católica", célebre cuadro de Edmundo Rosales, pintor que resume las excelencias del siglo XIX.

la primacía de la tradición francesa—de la mejor estirpe académica—sobre la nacional, y, además, la atracción, primero, y después, el misterio indudable de París.
Los artistas españoles, al tratar de ponerse en contacto con los aires de fuera, habían ido siempre a Roma; continuaban yendo todavía los jóvenes pensionados de nuestro siglo. Pero Roma pierde por completo, en estos años a los que nos estamos refiriendo, sino la capitalidad del arte, puesto que en ella se encuentran las raíces más profundas de que el arte europeo se nutre, por lo menos, su encanto e incentivo; es decir, su prestigio eficiente.
Roma es un solemne cementerio, llegó a decirse... Y París, que comienza a brillar con el saludo del "bonjour, monsieur Coubert", terminaría por convertirse en el centro de la cultura occidental, en los días de un Toulouse-Lautrec. No podía, sin embargo, satisfacer plenamente a los españoles el realismo formal del primero ni el sarcasmo chispeante del segundo. Fué preciso, pues, luchar contra esas corrientes extrañas, no por mero capricho, sino por un imperativo lógico de nuestra propia idiosincrasia. ¿No se hallan frente a frente Rubens y Velázquez? ¿No está Goya encarado y descarado con Mengs? Lo bueno y lo malo de tal combate estuvo en la necesidad que existe en toda guerra de utilizar las mismas armas del enemigo; de apoderarse, a veces inconscientemente, de su

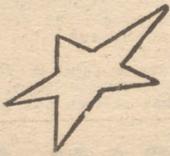
misma táctica, por lo que nunca podrá haber una victoria plena y absoluta frente a nadie.
Así, la pintura española de entonces se afrancesa, sin poderlo evitar, al recurrir a unas fórmulas, a unos procedimientos técnicos superficiales, declaratorios. Y, en consecuencia, el espíritu tradicional, el torrente de humanidad que palpita en todo lo español, sufre una profunda crisis. Cuando la expresión no nace de una fe sincera, las actitudes humanas resultan artificiosas y grandilocuentes; sólo pretenden simular, de manera inconsciente, la carencia de un verdadero ideal que informe y sustantive la vida.
Sin embargo, el pintor, el artista, el hombre sensible que acierte a despojarse a la puerta de los museos, y en el umbral de los viejos salones del sentimiento de inferioridad con que suele enjuiciar la vida el español, no dejará de percibir el generoso aliento de aquella época sin una fe justificada, desde luego en las epopeyas que canta, pero de la que no se hallaba ausente el don salvador de vivir; de vivir, sobre todo con un ímpetu y una energía extraordinarios. Y es que apenas tiene nada de enfermiza o decadente nuestra gran pintura del siglo XIX, en cuyos maestros principales, debido sin duda a la ambición de propósitos característica del momento, no se advierte género alguno de puritanismo estético, de rígido y estrecho dogmatismo.
M. SANCHEZ-CAMARGO

MUNDO Ligero



LA COSTA

Las costas, esos reductos que la tierra enfrenta al mar durante el invierno, pierden ahora, en el verano, toda su adustez y todo su aire de fortaleza. Las costas son, en estos meses de canícula, lugares apacibles que las gentes buscan y asaltan como antiguamente los piratas. Estos bellicosos seres contemplaban a través del catalejo un trozo de tierra, ponían proa hacia él y se quedaban con cuanto encontraban allí. Los asaltos siguen produciéndose, pero con aspectos más agradables. En lugar de piratas, a las costas llegan mujeres como ésta, guapas y generosas, dispuestas a obsequiarle con una sonrisa y con la succulenta merienda que, indudablemente, ha preparado para fortalecerse frente al mar.



CON MUSICA...

Estarán de acuerdo con nosotros en que estas japonesas componen una bella estampa de verano. Con el azul del mar al fondo, son la mejor propaganda que se puede hacer de un verano nipón. Si la contemplación la hacen escuchando unos compases de "Madame Butterfly", y recuerdan las felices horas del astuto marino inglés, no creemos que sean capaces de resistir la tentación de ir a probar la fuerza del sol y la caricia del agua por aquellos parajes exóticos.

En el principio fué el mar. El mar, aparte cuna de mitos y de cantos de sirenas, cumplía una función menos poética, pero más práctica; una función refrigerada. Cuando el sol se desmenaba sobre los campos centrales de la Patria, el mar se ofrecía, a lo lejos, como el medio más seguro para apagar el fuego de su melena. Verano adelante, el sol proseguía su lucha a favor de lo flamigero; verano adelante, el mar continuaba ofreciendo su "frigidaire" con vaivén, a los dichosos mortales que podían acercarse a sus orillas. La felicidad, en agosto, consistía en un trozo de proceloso, un salvavidas de corcho, y una bajita esmaltada de conchas, con un letrero que rezaba: "Recuerdo del Sardinero".

Al mar llegaban, entonces, unos hombres y unas mujeres, tímidos y con los ojos llenos de paisaje interior. Unánimemente opinaban que el mar era muy grande, y, unánimemente, introducían en él la punta de sus pies, como si quisieran calar su profundidad. Después, iban a tomar sus baños de algas, porque continuaban, todavía, partidarios de lo reducido en lo que a hidroterapia se refiere.

Después, el hombre vió dificultado su desplazamiento, y decidió traer el mar al interior. Entonces, nacieron las piscinas.

Las piscinas ofrecen sus litros de agua depurada al calor de los que deben permanecer en las ciudades centrales. Tienen todo cuanto el mar pueda tener, excepto dimensión y sal. Son como un mar de bolsillo que, a fuerza de carecer de sal, carece también de gracia. Pero sustituyen la ausencia de yodo y ola, y dan a la canícula una dosis aceptable de relajación. Ellas hacen lo que pueden, y nadie debe reprocharles su ausencia de temporal y de horizonte. En torno a su pileta se congrega una humanidad que aspira a defenderse del termómetro por el clásico e insustituible procedimiento de la inmersión. Incluso, poseen sus tritones, que bracean entre una aglomeración de seres menos dotados para la marca, y sus sirenas, que se congregan más bien en torno al bar. Que Ulises las desdefiase, caso de escucharlas, no quiere decir que ellas no intenten, a toda costa, dar el do de pecho.

Pero las piscinas son caras. Entre el desplazamiento y el billete para penetrar en su recinto, los bolsillos medios debían de declararse en huelga de baño caído. Aquellos que no disfrutaban de una deseable holgura económica, tenían de la piscina un concepto exclusivamente nostálgico. La masa se veía constreñida, en Madrid, a esos pequeños charcos, bajo los puentes del Manzanares, que hacían pensar en la tragedia de los habitantes de los mares, cuando los mares se secan. Puede calcularse que, por cada uno de los que conseguían su gota de agua en ellos, una masa inmensa quedaba en sus orillas, como si, de pronto, el mar Rojo hubiese vuelto a abrirse, para mostrar su fondo, seco y lleno de légamo.

A resolver este problema ha venido el Parque Sindical. El Parque Sindical ofrece a los trabajadores aquello que más puede aproximarse al mar, a la vera de ese río que casi nunca lo es, y menos en el verano. Y lo ofrece por nada, que es como debe ofrecerse el recreo y la salud. Contemplar las gentes que sonríen ante el termómetro, sumergidas en sus aguas, es algo que produce optimismo. Incluso cuando, como ahora, el termómetro exagera un poco en eso de echar grados, no a sus espaldas, sino a las nuestras.

Los que nacimos a la vera del Cantábrico; los que llevamos la nostalgia de las mareas, como un baremo de nuestras vidas, no podemos por menos de aplaudir esta gentil y alegre manera de ofrecer al pueblo su derecho a la refrigeración. Se ha dicho, muchas veces, que el hombre feliz es aquel que no tiene camisa. Que los trabajadores puedan cambiarla por el traje de baño, es una felicidad que, aparte rubricar el dicho, rubrica también el éxito de una realización que hasta ahora no tuvo parangón en España. Y como es grato reconocer los éxitos, vaya desde aquí el reconocimiento de los que, en medio del verano, pueden gozar, con agua y todo, su Baden-Baden particular.

(Dibujo de Goñi.)

M. P. A.



LA ZAMBULLIDA

La alegre sonrisa de esta mujer tiene una plena justificación. Ella ha conseguido llegar hasta el mar, hasta el auténtico mar, que deja llenar sus orillas, sobre la dorada arena, de sombrillas multicolores, y puede darse el placer de sumergirse en el proceloso, que la ofrece, en estos días, su más serena apariencia. Esta mujer sonríe al inmediato gozo de sumergirse en la verde superficie, que ofrecerá al sol la blanca herida que la abra este cuerpo al zambullirse y proyectará hacia el cielo una sonrisa de espuma como expresión del gozo de ese mar por recibir en su seno una sirena tan es-cultural como ésta.